

circunstanciadamente las acciones y virtudes de esta joven envidiable. ¿No debo pues considerarme por muy venturoso en que se digne aceptar una fortuna tan inferior á la que adquiero casándome con ella? Os amo bastante para deseáros de todas veras que caigais en igual locura. Cuando deseéis ver filósofos, y filósofos verdaderos, esto es, hombres felices, venid á visitar la hechicera soledad que yo he escogido para mi liceo, y para mi sepulcro.

Os dejo, mi amado Vizconde, para que de toda esta narracion saqueis las consecuencias que encierra, y decidais si la filosofía tiene con que compensar á los hombres de la pérdida de la Fe.

DISCURSO OCTAVO.

Licencia desenfadada de los filósofos; causa del desorden de las costumbres públicas.

Como San Pablo *hablase de la justicia, de la castidad y del juicio venidero* delante de Felix gobernador de la Judea, le impuso tanto la circunspeccion y severidad de aquel lenguaje, que *todo amedrentado* le dijo: *Retiraos por ahora, os llamaré cuando sea tiempo.*

Pero los Heraldos de la filosofía moderna, mi caro Vizconde, precaviendo con perspicacia igual suerte de que los ahuyentasen ignominiosamente, adivinaron con acierto el gusto de todos los libertinos del mundo. Nadie ignora que del seno de la filo-

sofía han salido tantas obscenidades en que se ceba la escoria de todos los estados, y será este el único monumento indeleble de su amor á la felicidad de los hombres. Mas por su desgracia no á todos acomoda aquel brutal sistema de dicha y de ventura, y mientras que una juventud perversa y disoluta corre presurosa á tomar en aquellas producciones cenagosas el alimento y la seguridad de las pasiones mas infames, la porcion sana de la sociedad se estremece á la vista de una depravacion que no conoce diques ni reserva, y que conjura al cielo en su amargura, que aparte de ella y de sus hijos aquellos destructores de las costumbres, y azote inexorable de la virtud y del pudor.

Puede decirse en verdad que este es el aspecto mas ignominioso pa-

ra la filosofía, y el colmo del oprobio del entendimiento humano. Desgraciado siglo el nuestro, si llega la posteridad á juzgarle por las almas perversas que ha producido y los escándalos con que se ha deshonrado. La osadía y desfachatez de un libertinage desconocido hasta la edad filosófica; la reputacion de ingenio superior, consignada á la bageza de los extravíos mas vergonzosos, y al menosprecio de los vínculos mas sagrados; una apatía general que petrifica las almas; el total abandono de la parte mas preciosa de nuestros conciudadanos, sumergidos en la embriaguez y envilecimiento de los sentidos; una aversion indolente á los deberes privados y domésticos; un carácter de inconstancia é inquietud que saca á todos del recinto de su estado, y les hace insoportable cuanto los su-

geta en el seno de su familia; la agitación, el descontento, la impaciencia de un corazón que nada puede fijarle ni satisfacerle: por último la disipación y las ilusiones de una imaginación que quisiera verlo todo, recorrer todos los lugares, y no dejar nada que no devorase; estos son los deplorables trofeos que hallamos en todas partes erigidos al genio de la filosofía, y el carácter que distingue la grande época del *progreso de las luces*; y esto es lo que subsiste de efectivo y permanente de las indagaciones y descubrimientos de aquellos hombres que se presumen hechos para sentarse en los tronos, y los solos dignos de conducir la obra de la felicidad pública. ¿Qué resultaría, decidme, de que los filósofos fuesen los árbitros del destino de los pueblos? Que uniéndose el poder supremo con

la malignidad de los vicios, se convertiría en una prepotencia y tiranía infernal que desolaría toda la tierra.

Un ministro que enviase el Monarca á verificar las reclamaciones y las quejas lastimeras, que no cesan de dirigir los filósofos á nombre de la patria y de la humanidad, pudiera á su regreso darle así cuenta de su importante comision: Señor, recorriendo los estados de V. M. he visto en efecto derramar amargas lágrimas y exhalar profundos suspiros; pero examinando de cerca la actual constitucion de las costumbres, he observado que una de las causas mas terribles de los males que afligen á los pueblos de V. M., es la corriente y el fomento que dan á la licencia y al libertinage esos mismos filósofos, que aparentan llorar y lastimarse del desorden de la economía social. He

visto por una parte ancianos cubiertos de canas, que maldecian el carácter sagrado de padre, viéndose reducidos á no ver en sus hijos, que hubieran sido toda su gloria, sino el deshonor y oprobio de sus últimos años. Dulces y caras prendas de una santa union, habian nacido con felices inclinaciones, y sus tiernas é inocentes almas se habian abierto naturalmente á todas las impresiones saludables de la virtud; mas en el momento en que el amor de los deberes iba adquiriendo aquel grado de consistencia que afianza su duracion, una juventud immoral y desenfrenada hizo presa de sus almas inespertas y sin defensa, y su ruina fue inevitable. Encenagada su imaginacion en las lecturas de que por tanto tiempo los habia preservado una sabia educacion, depraváronse sus corazo-

nes en los deleites obscenos que embrutecen al hombre, y de que una filosofia sin pudor hace alarde de presentarles pinturas detestables y peligrosas; temen, ó mas bien les es odiosa ya la misma vigilancia de sus padres; y apodérase de ellos un humor áspero y melancólico al considerarse en la dura precision de acogerse al asilo de la austera sabiduría. Desaparecieron los vestigios del antiguo candor, secáronse los gérmenes todos de rectitud y de verdad, y desvanecidas y borradas las ideas morales, y ahogados los sentimientos de la naturaleza, quedóles tan solo la espantosa capacidad para el desorden y los crímenes; y en su acerbo dolor aquellos padres desventurados, ni aun logran la esperanza de hallar en su sepulcro el término de tanta ignominia, y tiemblan de que los hom-

bres improperen á sus cenizas el haber dado á luz aquellos monstruos.

« Mas allá una esposa llora la aversión y los menosprecios del hombre, de quien esperaba la dicha y la ventura de toda su vida; y devorada de inquietudes, agitada de continuos sobresaltos, no puede bajar sus tiernas miradas á las inocentes criaturas que la rodean, sin que se sienta cruelmente despedazada de la negra desesperación. Oprimen su alma la miseria y la afrenta, que amenazan á lo que tanto placer habia tenido de llevar en su seno y estrechar contra su corazón. Arrastrado su esposo por la corriente del ejemplo y de la costumbre, sacrifica á la disolución y desenfreno de las pasiones los bienes, el tiempo, la salud y el honor; y la desolación que su extravío causa á la naturaleza, es un tributo que

se impone el que aplica sus labios á la copa filosófica.

« Por los confines de las provincias he encontrado en los campos una multitud de miserables sumidos en una espantosa indigencia, bajo el dominio voraz de los que debieran ser los órganos de la humanidad y beneficencia de V. M. en medio de la porción mas laboriosa y necesaria de su pueblo. Hombres henchidos de ambición y avaricia, sumergidos en el lujo, en el ocio y la adulación; que solo anhelan por los deleites sensibles, en suma filósofos, y que por consiguiente en nada tienen ni aprecian el resto de los hombres.

« Por todas partes la juventud militar es indolente, afeminada, sin robustez ni vigor. Creyérase que la filosofía se le ha asociado mas estrechamente para recoger todas las in-

mundicias con que ha infestado la nacion y envilecido la gloria de las letras. Las plazas militares son de ordinario el teatro de los vicios; en ellas se propagan con increíble rapidéz las producciones obscenas y escandalosas que desacreditan nuestro siglo; en ellas la ignominia, la viudez y horfandad afligen á las familias mas virtuosas; en ellas horrorizan en los semblantes pálidos y ajados ya desde su primavera las vergonzosas huellas de los últimos escesos de la corrupcion; en ellas unos hombres que por su destino á ser el sosten y salvaguardia del estado, debieran caminar hácia la austeridad de costumbres, que sola puede formar las grandes almas, y alimentar aquella noble intrepidez que hace volar á la muerte y á la gloria; estos mismos hombres se ensangrientan con ferocidad

unos contra otros para disputarse la posesion de unos viles obgetos del menosprecio público, y envilecen una sangre tan cara y respetable á la patria, porque solo debiera correr bajo los estandartes de la victoria.

Facil me seria, querido Vizconde mio, ponerlos á vuestra vista un cuadro mas estenso de los estragos de la licencia filosófica; mas no dudo que estareis ya convencido, de que si acaso no se han propuesto los filósofos directamente precipitar á los hombres en su mayor degradacion y última desventura, por lo menos se han valido de los medios mas aptos para conseguirlo. Es muy imperceptible la diferencia que distingue á un filósofo de un perverso, para que sea muy honorífico hacerse filósofo.

A mas de esto ¡la modestia y circunspeccion no convienen á todos

los estados? ¿Y qué carácter requiere mas dignidad y decoro que el de preceptor del género humano? Un magistrado, lo hemos dicho, es el discípulo, el alumno de un filósofo. ¿Pues qué austeridad de sabiduría y de costumbres no exige el mundo de los que tienen en sus manos los bienes, la vida y el honor de sus conciudadanos? Sacerdotes de la justicia, por valermé de las palabras del Señor d'Aguesseau, su conducta aun fuera de su santuario, y en su trato familiar y doméstico, no debe desmentir la santidad y grandeza del sacerdocio tremendo que egercen. Viéndolos los hombres incorruptibles en su vida, precisamente los han de creer lo mismo en su administracion, porque todos saben que las costumbres sensuales y libertinas enervan al alma, alteran la solidez del carácter, relajan

los resortes del entendimiento, apagan el celo del bien público, y debilitando todas las potencias, hacen al hombre aborrecer el retiro y el trabajo. Y con todo ¿qué es un magistrado comparado con un filósofo? El magistrado no es mas que el hombre de sus conciudadanos; un filósofo es el instituidor de todas las naciones; el uno es el intérprete de las leyes de su pais; el otro el reformador nato de las leyes divinas y humanas, el órgano universal de la naturaleza y de la verdad; el primero es meramente una luz pasagera de su siglo; el segundo subsiste la antorcha de todas las edades, el árbitro del destino de las generaciones venideras, y el único depositario del secreto de la prosperidad de los imperios. ¿Hay algun magistrado que pudiera decir á todos los reyes de la tierra: que de-

ben sus tronos á la inversion de las ideas sanas; y que la razon reclama en favor de ellos y de sus iguales aquellas mismas coronas, que la estravagancia de las costumbres humanas ha hecho descender sobre unas cabezas acaso inhábiles para ceñirlas? Y á unos hombres de un destino tan elevado y extraordinario ¿les puede convenir ni se les debe disimular el aturdimiento y la frivolidad? ¿De qué manera prevendrá los ánimos para recibir la doctrina que desean cimentar el tono de burla y de mofa con que se anuncian? ¿Cómo pueden combinar sus augustas funciones con el charlatanismo y con sus indecentes sátiras y sarcasmos? En el teatro se dejan para los farsantes la pedantería y truanismo de que hacen gala. ¿Cómo osan presentarse como propagadores de la ilustracion con una conducta tan te-

nebrosa? No podemos esperar saludables efectos de un sistema de enseñanza, sino produce buenas costumbres en los que se empeñan en sostenerle. En una palabra, la licencia sin freno de los escritos filosóficos desacredita su doctrina, y el libertinage de los maestros de esta filosofia de la Incredulidad manifiesta la perversidad de su origen, destruye sus mismos planes, frustra sus deseos de corrupcion, quita los diques á la fogsidad de las pasiones, vuelve contra ella misma el ridículo con que intenta cubrir al hombre de bien, al amante de la justicia, de la verdad, al verdadero cristiano; y concediendo todo desahogo á las pasiones, cebando la imaginacion voluptuosa con lecturas obscenas, rompiendo los vinculos mas sagrados de la sangre y de la sociedad, y despreciando los de-

beres todos de la Religion, es la causa primordial y el manantial mas perenne del desorden de las costumbres públicas,

DISCURSO NONO.

Indecencia y dureza de las calumnias con que la Incredulidad porfia en deshonrar la Religion.

Me preguntáis ahora, Señor Vizconde, qué es lo que yo digo á todos esos terribles argumentos, que el fanatismo religioso ha suministrado á los incrédulos contra la santidad del Cristianismo. Digo pues á todo esto, que es preciso que nuestros filósofos tengan una prodigiosa confianza en su reputacion, ó bien que cuenten hasta lo sumo con la imbecilidad de aquellos que los escuchan, para haberse atrevido á presentar con seriedad este racionio, el mas absurdo y estúpido que ha salido jamas de la